

envolver en mantas la harina que tenían medio amasada y á emprender su viaje cargándola sobre sus hombros.

FIN DEL CAUTIVERIO.

El año de dos mil cuatrocientos treinta y ocho de la creacion del mundo, cuatrocientos treinta de la vocacion de Abraham, y doscientos quince de la bajada de Jacob á Egipto, salió toda la multitud de los hijos de Israel de la ciudad de Ramesés, cerca de seiscientos mil hombres de veinte años y arriba, sin contar los ancianos y las mujeres, la juventud de veinte años abajo, la niñez, ni una multitud de alienígenas que se habían unido á ellos y les seguían; de modo que todos vendrían á formar un pueblo de tres millones á lo menos, siendo bien prodigioso, que no había en tan grande multitud ni un solo enfermo ó impedido, que no pudiese seguir las marchas. Al apuntar el alba, y mientras que los Egipcios estaban ocupados en enterrar sus muertos, sacó el Señor á los hijos de Israel de la cautividad de Egipto, formados en escuadrones de tribus, casas y familias. Precedían los rebaños de toda clase de ganados en muy gran número. Seguían armados los hombres de veinte años y arriba, y despues iba el resto del pueblo, todo con el mas bello orden. Moisés cuidó tambien de llevar los huesos de José, segun se le había prometido al tiempo de morir. Su primera jornada fué á Socot, adonde llegaron temprano, y pasaron el resto del dia y toda la noche; y habiendo partido de Socot á buena hora, acamparon en la ciudad de Etam, en los últimos confines del desierto. El Señor iba delante de ellos mostrándoles el camino por el dia en una columna de nube que les hacia sombra, y por la noche en una columna de fuego que les alumbraba; y

nunca faltó la columna de nube de dia y la de fuego de noche, hasta que entraron en la tierra prometida. De Etam pasaron á Fihairot, y sentaron su campo junto al mar Rojo. Aquí se hallaron los Israelitas cerrados por el mar y los montes del desierto. Se dió aviso á Faraon, no solo de que había salido el pueblo hebreo, sino tambien de la situacion en que se hallaba. Su corazon se mudó y tambien el de sus cortesanos, y dijeron: ¿Qué hemos querido hacer dejando ir á Israel para que no nos sirviese? Inmediatamente mandó Faraon uncir su carroza, y tomó consigo todas las fuerzas de su reino, que, segun unos, subían á doscientos mil soldados de á pié, y cincuenta mil de á caballo, y segun otros, á un millon de todas armas, y siguiendo el camino que habían llevado los Israelitas, les encontraron acampados sobre la orilla del mar. Cuando los Israelitas vieron á Faraon y todo su ejército, temieron en extremo, porque se hallaban entre dos cadenas de montes á derecha é izquierda: tenían delante el mar, y á la espalda el ejército de Faraon. Su primer movimiento fué clamar al Señor; pero dejándose llevar despues de su pusilanimidad y de una injustísima desconfianza, se dirigieron contra Moisés y le dijeron: ¿Quizás no había bastantes sepulcros en Egipto y por eso nos has traído á morir en el desierto? Este lenguaje irónico é insultante ofendia mucho al Señor y ultrajaba á su ministro. Sin embargo, Moisés excusó á los culpados con el exceso de su temor, y para animarlos les dijo: No queráis temer; estad firmes y veréis las maravillas del Señor; pues los Egipcios, que ahora veis, ya jamás los volveréis á ver. El Señor peleará por vosotros y vosotros callaréis. Con esto les mandó que siguiesen su marcha, y entonces la columna que les precedía y guiaba, se levantó y fué á ponerse detrás de ellos, cubriéndoles de tal modo que no fué posible al ejército de Faraon volver á verles. La nube se presentó desde este momento tenebrosa por la parte que miraba á los Egipcios, y luminosa por la de los Israelitas, los cuales ca-

minaban con su luz como si fuera en medio de un claro y hermoso día.

Paso del mar Rojo.

Cuando llegaron á la orilla del mar, Moisés alzó su vara y extendió su mano sobre él, y entonces dividió el Señor las aguas, abriendo por medio del mar un camino espacioso y murallado á la derecha é izquierda por dos montañas de agua. Los Israelitas entraron por este camino milagroso, y marchando toda la noche por medio del mar seco, llegaron como á las tres de la mañana á la ribera opuesta, habiendo hecho una jornada como de cinco leguas, que es la travesía del mar Rojo en este punto. La columna caminaba siempre detrás de ellos, y habiendo dejado libre la costa, pudieron advertir los Egipcios que el pueblo de Israel habia marchado. Siguiéron al momento sus pisadas, y por una ceguedad inconcebible, entraron sin detenerse en el camino del mar, que no se habia hecho para ellos. Aquí los esperaba el Señor para descargar el último golpe sobre el endurecido Faraon y todos sus cortesanos y ejército. Cuando ya podían hallarse cerca de la ribera opuesta, la columna que guardaba á los Israelitas se abrió de repente y comenzó á arrojar rayos que derribaban los caballos y jinetes, incendiaban los carruajes y los carros, y todo lo destrozaban. Entonces comenzaron á gritar de todas partes: Huyamos de Israel, porque el Señor pelea por ellos contra nosotros. Pero ya era tarde. Su exterminio estaba ya sobre ellos. En este momento mandó Dios á Moisés que extendiese su mano sobre el mar, y las montañas de agua, que se habían levantado á la derecha é izquierda del camino milagroso, cayeron de repente sobre los Egipcios y los sepultaron en sus abismos. Faraon, sus cortesanos, su ejército, sus carros, sus caballos... todo quedó sumergido en lo profundo del mar, sin quedar un solo hombre que pudiese llevar á Egipto la noticia de su



total exterminio. Así libró el Señor para siempre al prisionero Israel de sus tiranos carceleros. Los Israelitas acamparon en la ribera opuesta, y al volver los ojos al mar, por cuyo abismo habían pasado, poseídos de un asombro que solo ellos podían explicar, adoraron prostrados al Dios de los portentos, y bendijeron de mil modos su omnipotencia. Mas el Señor, añadiendo prodigios á prodigios, hizo que las olas arrojasen en la costa donde estaban acampados los cadáveres de los Egipcios, y vieron á los Egipcios muertos y al mismo Faraon, autor de tan largo y terrible cautiverio. Se enriquecieron con la multitud de sus despojos, y llenos de agradecimiento adoraron de nuevo al Señor y bendijeron su providencia. Entonces fué cuando Moisés, en la efusion de su alegría y reconocimiento, compuso aquel precioso y primer himno ó cántico de accion de gracias que leemos en los Libros santos. Dividió todo el pueblo en dos coros, uno de hombres y otro de mujeres: y puesto él á la cabeza de los hombres, y su hermana María á la de las mujeres, entonaron los dos hermanos su admirable himno, comenzando con estas hermosas palabras: *Cantemos al Señor*. Y el pueblo repetía: *Cantemos al Señor*. Moisés y María continuaron: *Al caballo y al cabalgador arrojó en el mar*; y el pueblo repetía: *Cantemos al Señor*. Así siguieron cantando este misterioso himno y ocuparon aquel día en las alabanzas del Omnipotente, que entre tantos y tan singulares portentos les había librado de sus enemigos.

Entrada en el desierto.

El día siguiente por la mañana, al movimiento de la columna que había vuelto á situarse delante del pueblo, partió este reino viajante de las memorables riberas del mar Rojo, y caminó tres días seguidos por el desierto, sin hallar agua hasta Mará, donde la encontró con abundancia; mas era tan amarga que no pudieron beberla.

Parece increíble, pero es un hecho. Los Israelitas, que no caminaban sino sobre prodigios, y que acababan de pasar por los abismos de un mar, se olvidaron del Señor y comenzaron á murmurar contra Moisés y alborotarse porque no tenían agua. Ellos debían haberse dirigido á pedir la al Señor, que les llevaba entre portentos y les dirigía en una columna de nube, y se dirigieron contra su siervo, diciéndole con enojo: ¿Y qué beberemos? No se portó así Moisés. Levantó sus manos al cielo, y el Señor le mostró un leño. Moisés le tomó, y habiéndole echado en el agua, al momento se volvió esta dulce, y bebieron los hijos de Israel cuanta quisieron. De Mará pasaron á Elim, siguiendo el movimiento de la columna, y aquí encontraron setenta palmas y doce fuentes de buenas aguas. En este sitio tan cómodo descansaron algunos días. De aquí pasaron al desierto de Sin. Hacia ya un mes que habían salido de Egipto, y como eran tantos, habían consumido en este tiempo los comestibles que sacaron de aquel reino. Aquí volvieron á su pecado capital, que era la murmuración y el tumulto. Se dirigieron á Moisés y Aarón, y les dijeron con insolencia: ¡Ojalá que hubiéramos sido muertos por la mano del Señor en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos junto á las ollas de carne, y comíamos el pan en hartura! ¿Porqué nos habeis sacado á este desierto para matarnos de hambre? ¿Y quiénes somos nosotros, respondieron Moisés y Aarón, para que nos insulteis con vuestras quejas sediciosas? Vuestra murmuración no es contra nosotros, sino contra el Señor. Entonces apareció el Señor cercado de gloria en una nube y habló á Moisés, diciendo: He oído las murmuraciones de los hijos de Israel. Diles: Esta tarde comeréis carnes, y mañana os hartaréis de pan y sabréis que yo soy el Señor vuestro Dios.

El Maná.

En aquella tarde vino una multitud de codornices que cubrió todo el campo, cuyas carnes comieron á su placer, y por la mañana cayó al rededor del campamento un rocío que cubrió la superficie de la tierra, y sobre él una multitud de granitos blancos del tamaño de la grana de cilantro, que, pegados unos á otros, formaban un género de escarcha. Cuando vieron esto los Israelitas se preguntaban admirados: ¿Manhu? que quiere decir ¿qué es esto? Esto es, les dijo Moisés, el pan que os ha dado el Señor para comer. Recoja cada uno lo que basta para el día, un gomor (cosa de un celemin) por cada persona. Luego se derramó la multitud por los contornos del campamento y recogieron lo que pudieron, unos mas y otros menos; pero habiéndolo medido despues, hallaron un gomor por persona, sin que sobrase á los que habían cogido mas ni faltase á los que habían cogido menos. Moisés les advirtió que nada guardasen para el día siguiente: mas no faltaron codiciosos que conservaron parte de ello; pero al otro día lo hallaron podrido é hirviendo en gusanos. También les advirtió que no caeria los sábados, porque eran días santos y no se podía trabajar en ellos, y que el viérnes recojerian dos gomores por persona, reservando uno para el sábado: mas también hubo en esto muchos desobedientes que salieron el sábado á recogerlo, pero no lo hallaron y tuvieron que volverse llenos de confusión á sus tiendas. Á pesar de que se podría lo que recogían de mas en la semana, el gomor que cogían el viérnes para el sábado no se podría ni padecía la menor mudanza. Era necesario recogerlo todas las mañanas temprano, porque en comenzando á calentar el sol se derretía lo que estaba en el campo, pero no lo que llevaban á sus tiendas, aunque el sol lo calentase igualmente en ellas. Para comerlo, lo molían con piedras ó lo machacaban en morteros, lo cocían en

ollas, y hacian de ello unas tortitas que sabian á pan amasado con aceite y miel. Este era en el principio su gusto y sabor, pero despues varió, perdiendo este delicioso gusto para los malos Israelitas, y haciéndose mas delicioso para los buenos. Este pan del cielo, que de *Manhu* se llamó *Maná*, estuvo cayendo constantemente todas las noches al rededor de los diversos campamentos y mansiones que hizo el pueblo de Israel en el desierto por espacio de cuarenta años, hasta que comenzaron á alimentarse con los frutos de la tierra de promision. Para que las generaciones venideras de todos los siglos conociesen el pan milagroso con que fué sustentado Israel en la soledad despues de la salida de Egipto, mandó Dios á Moises que llenase de maná un gomor, que lo echase en un vaso de oro, y que lo custodiase hasta que se erigiese el tabernáculo y se fabricase el arca, y donde habia de conservarse; y todo se ejecutó como lo ordenaba el Señor.

Piedra de Horeb.

Con esto la columna se puso en movimiento, y el pueblo levantó su campamento de Sin, donde habian hecho mansion bastantes dias, y se adelantó hácia los desiertos del Siná, siguiéndola cuando caminaba, y haciendo alto donde paraba. Una noche acampó en *Dapecha*, otra en *Alus*, y verisimilmente llegó el tercer dia á *Rafidim*, que estaba en los confines de los Amalecitas, y cerca del monte Horeb; pero no habia agua en Rafidim y luego volvieron á su pecado de murmurar y amotinarse contra Moises. Dános agua, le dijeron, para que bebamos. ¿Porqué nos has hecho salir de Egipto para matarnos de sed? Era Israel un pueblo de poca fe, ingrato, mal sufrido y de dura cerviz, á la que no doblaban los prodigios. Moises clamó al Señor, diciendo: ¿Qué haré á este pueblo? Falta poco para que me apedreen; y el Señor le dijo: Toma contigo de los ancianos de Israel. Lleva

en tu mano la vara: herirás con ella la piedra de Horeb, y saldrá agua para que beba el pueblo. Hizolo así Moises delante de los ancianos, y al golpe de la vara saltó del seno de la piedra una fuente abundante de agua, que no solo satisfizo la sed del pueblo en aquel campamento, sino que le siguió siempre en sus marchas hasta que llegó donde no habia falta de agua.

Guerra de los Amalecitas.

Estando en esta mansion de Rafidim vinieron los Amalecitas á hacer la guerra á los Israelitas. Moises mandó á Josué que escogiese los mas valientes del pueblo y saliese á pelear contro Amalec. Yo, le dijo, estaré mañana sobre la cumbre del collado, teniendo la vara de Dios en mi mano. Josué lo hizo como se le ordenaba y salió á la pelea. Entonces Moises, Aaron y Hur subieron á un collado desde donde se veian los dos ejércitos. Luego que comenzó el combate, Moises teniendo la vara en las manos, las levantaba hácia el cielo implorandó el socorro y la victoria para su pueblo, y observó que cuando las tenia levantadas vencia Israel, y cuando, cansado, las dejaba caer vencia Amalec. Esta alternativa hacia mas obstinado el combate. Moises procuraba tener sus manos levantadas cuanto tiempo le era posible, pero al fin le era preciso bajarlas para descansar, y volvía á vencer Amalec. Al ver esto Aaron y Hur, empinaron una piedra, y haciéndole sentar sobre ella sustentaban cada uno su brazo, y de esta suerte pudo tener siempre levantadas las manos al cielo hasta ponerse el sol, que se decidió la victoria á favor del pueblo de Israel. Mandó el Señor á Moises que escribiese este suceso para memoria en un libro (esta es la primera vez que se habla de escritura en los Libros santos) y que lo pusiese en oidos de Josué. Concluida esta guerra con tanta felicidad, Moises edificó un altar al Señor y le ofreció el sacrificio de alabanza y accion de gracias.

Visita de Jetró.

Habiendo oído Jetró todo lo que Dios había hecho con Moisés y con Israel su pueblo, y que el Señor le había sacado de Egipto, tomó á su hija Séfora, mujer de Moisés, y á sus dos hijos Gersam y Eliezer y vino con ellos al desierto, donde estaba acampado Israel, y envió á decir á Moisés: Yo Jetró tu pariente vengo á ti, y tu mujer y tus dos hijos con ella. Al momento salió Moisés al encuentro de su suegro y familia, hizo á aquel una profunda reverencia y le besó; abrazó y besó despues á su amada esposa y queridos hijos, y entraron todos juntos en el pabellon ó pequeño tabernáculo del Señor, le adoraron y dieron gracias, y pasaron despues á la tienda de Moisés, quien contó á su suegro todo lo que el Señor había hecho con Faraon y los Egipcios por amor á Israel, y todos los trabajos que les habían acaecido en el camino, y como el Señor les había librado de ellos. Jetró se alegró de todos los bienes que el Señor había hecho á los hijos de Israel, y de que los hubiese sacado del poder de los Egipcios, y dijo: Bendito sea el Señor que os libró de mano de los Egipcios y de mano de Faraon. Ahora conozeo que el Señor es grande sobre todos los dioses; y ofreció como sacerdote holocaustos y víctimas á Dios. Á este tiempo vinieron Aaron y todos los ancianos de Israel á visitar la familia de Moisés y tener parte en su alegría, y Moisés les convidó á un banquete sagrado que todos reunidos celebraron delante del Señor. Jetró estuvo algun tiempo disfrutando de la amable compañía de su yerno, le dió varios consejos, porque no solo era un anciano de mucha experiencia, sino el sumo sacerdote en la nacion de Madian, y el principal consejo fué que repartiase la carga del gobierno, porque no era posible desempeñarle bien por sí solo; y para esto, que nombrase hombres de valor y temerosos de Dios, que amasen la verdad y aborreciesen la mentira, y que estos

juzgasen las causas menores, reservándose para sí la decision de las mayores. Moisés humilde y dócil, como él mismo, se conformó gustoso con el consejo de su suegro é hizo lo que le aconsejaba. Despues de haber empleado tan bien el tiempo, Jetró abrazó á su hija y sus dos nietos y se despidió de Moisés, el cual le envió á su pais admirado de todo lo que había visto y del buen hospedaje que había recibido, quedando Séfora y sus hijos en la compañía de su santo padre.

Llegada al monte Sinai.

Al tercer dia del tercer mes de la salida de Egipto se puso en movimiento la columna que le servia de guía, y levantando su campamento de Rafidim, la siguieron y llegaron aquel mismo dia al desierto de Sinai, y acamparon á corta distancia del famoso monte Sinai. Este monte era el teatro que había escogido Dios para presentar en él los mas portentosos espectáculos. Moisés se retiró desde luego á orar en este monte, y estando en su oracion oyó la voz del Señor, que le mandaba que dijese á los hijos de Israel: que si guardaban sus mandamientos, serian para el Señor una porcion escogida entre todos los pueblos, un reino sacerdotal y una nacion santa. Moisés lo hizo saber al pueblo, y este respondió á una voz: Todo lo que ha dicho el Señor, harémos. En consecuencia de esta respuesta, Moisés mandó que lavasen sus ropas y se purificasen en aquel dia y el siguiente, porque el tercero bajaria el Señor sobre el monte, viéndolo todo el pueblo; pero les advirtió que se guardasen de subir á él ni tocar sus límites, porque todo el que los traspasase moriria, fuese hombre ó fuese bestia.

Promulgacion de los diez Mandamientos de la ley de Dios.

Ya habia llegado el dia tercero y aclaraba la mañana, cuando comenzó á cubrirse el monte de una nube muy densa, á brillar los relámpagos y á oirse los truenos. Se oyó tambien el agudo y penetrante sonido de una trompeta que convocaba al pueblo para que se acercase al monte; pero este, atemorizado, no se atrevió á salir de sus pabellones y tiendas hasta que Moisés le animó y condujo á la llanura que habia al pié del monte, sin permitirles tocar en sus límites. Humeaba todo el monte, porque habia bajado el Señor sobre él en fuego, y subia el humo como de un horno. Todo el monte presentaba un espectáculo terrible. Continuó el monte cubierto de la nube, humeando y ardiendo; pero cesaron los truenos y la trompeta, y todo quedó en un profundo silencio. Entonces el Señor, que habia bajado sobre su cumbre, habló, oyéndolo el pueblo, todas estas palabras :

Mandamientos.

I. — Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto de la casa de esclavitud. No tendrás dioses ajenos delante de mí, ni los adorarás. Yo soy el Señor, tu Dios, poderoso y celador de mi gloria.

II. — No tomarás el nombre del Señor, tu Dios, en vano, porque no dejará el Señor sin castigo al que le profanase.

III. — Acuérdate de santificar el dia del sábado. Seis dias trabajarás y harás todas tus obras. El sétimo es sábado del Señor, tu Dios. Nada trabajarás en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas.

IV. — Honra á tu padre y á tu madre para que seas de larga vida, que el Señor, tu Dios, te dará.

V. — No matarás.

VI. — No fornicarás.

VII. — No hurtarás.

VIII. — No dirás contra tu prójimo falso testimonio.

IX y X. — No codiciarás la casa de tu prójimo, ni desearás su mujer, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni cosa que sea suya.

Todo el pueblo oyó estos diez mandamientos del Señor, impresos en el corazon del hombre por su mano creadora, y repetidos aquí por su voz divina.

Cesó de hablar el Señor y volvieron á brillar los relámpagos, á hacer retemblar el monte los truenos, y á oirse el agudo y penetrante sonido de la trompeta. El monte continuaba cubierto de la nube, humeando y centelleando por todas partes, y el pueblo atemorizado retrocedió y se fijó léjos del monte, diciendo á Moisés : Háblanos tú, y oirémos. No nos hable el Señor, no sea que muramos, porque ¿quién es el hombre para oir la voz de Dios vivo y vivir despues de oirla? Tú, Moisés, que eres un hombre tan querido de Dios, oirás lo que ordene el Señor, nos lo comunicará, y nosotros harémos lo que mande. Moisés les animó, diciendo : que no temiesen, pues el Señor con aquel aparato habia querido infundir en ellos su santo temor para que no pecaran. El pueblo estuvo á lo léjos, y Moisés penetró en la santa oscuridad y entró en comunicacion con Dios. En esta comunicacion le declaró el Señor una gran parte de las leyes por las que se habia de gobernar el pueblo, y le mandó que se las intimase. Moisés salió de la presencia del Señor, y de la santa oscuridad en que habia entrado; vino al pueblo y le intimó las leyes y ordenamientos que habia recibido, y todo el pueblo respondió á una voz : que las guardaria. Moisés escribió todas estas leyes en un libro; edificó al pié del monte un altar de doce piedras en representacion de las doce tribus, y ofreció sobre él victimas pacíficas al Señor. Derramó sangre de las victimas sobre el altar y sobre el pueblo para confirmar el

pacto que hacia este con Dios de guardar sus ordenamientos, y leyó el libro en que los habia escrito, oyéndolos todo el pueblo, que repitió á una voz : Todo lo que ha ordenado el Señor harémos y serémos obedientes. Luego verémos cuán mal cumplió sus palabras y protestas este pueblo ingrato.

Gloria del Señor.

Concluido el sacrificio, se retiró á sus pabellones, y Moisés se dispuso para volver la mañana siguiente á subir al monte. Llevó consigo á su fiel ministro Josué, y cuando hubieron subido una parte de él, se dejó ver sobre su cumbre la gloria del Señor. Era esta como una especie de fuego que levantaba su hermosa llama sobre la nube que cubria la cima del monte, y se alcanzaba á ver desde todos los campamentos de los hijos de Israel. Seis dias habitó la gloria del Señor sobre la cumbre del monte, y otros tantos estuvieron Moises y Josué detenidos en su ladera : mas el sétimo llamó Dios á Moises, quien, dejando á Josué en aquel sitio, subió á la cumbre y entró otra vez en comunicacion con Dios, en la que estuvo cuarenta dias y cuarenta noches sin comer ni beber en todo este tiempo.

Tablas de la ley.

Allí declaró el Señor á su siervo los cultos y sacrificios que le agradaban ; el templo y los altares en que se le habian de ofrecer ; los ministros y sacerdotes que debian ofrecerlos ; y en fin, todo lo que pedia el culto que queria que le rindiese su pueblo. Mostróle al mismo tiempo un modelo que debia servirle de ejemplar, y por último le entregó dos tablas de piedra y escritos en ellas por su divino dedo los diez mandamientos de aquella

ley eterna, que con tan terrible aparato habia intimado al pueblo en medio de relámpagos y truenos desde la oscuridad de la nube, para que ni por olvido, ni por ningún otro motivo, tuviese el menor pretexto para dejar de cumplirla.

Adoracion del becerro de oro.

Mientras que Moisés estaba en el monte, viendo el pueblo que tardaba, se amotinó contra su hermano Aaron, y yendo al frente (como sucede siempre en estos casos) los mas alborotados, le dijeron : Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros, porque no sabemos que habrá sucedido á Moisés, ese hombre que nos sacó de la tierra de Egipto. Aaron ne tuvo bastante valor para resistirse como debia, aunque le costase la vida, y se contentó con pedirles para hacer los dioses las arracadas de oro de las orejas de sus mujeres é hijas, creyendo sin duda que no querrian sus padres y maridos despojarlas de sus mas ricos adornos ; pero se engañó : porque al momento se las presentaron á porfía. Aaron derritió todo este oro, lo vació en un molde, é hizo de ello un becerro. Cuando aquel pueblo amotinado le vió, levantó el grito, diciendo : Estos son tus dioses ¡oh Israel ! que te sacaron de la tierra de Egipto. Luego se anunció á voz de pregonero una gran solemnidad para la mañana siguiente, y se ofrecieron en ella sacrificios al becerro ; y muy satisfechos con haber cometido esta horrenda idolatria, se sentaron á comer y beber y se levantaron á danzar y bailar al rededor del dios becerro.

Anda, dijo á este tiempo el Señor á Moisés, baja ; pecó tu pueblo, el que sacaste de la tierra de Egipto. Se han hecho un becerro de fundicion, y le han adorado. Moisés traspasado de dolor con esta funesta noticia, bajó del monte llevando en sus manos las dos tablas de la ley. Se reunió con Josué, que habia permanecido en la ladera

